

Santo Tomas de Aquino

Al tercer día resucitó de entre los muertos.

Vemos en la Escritura que muchos resucitaron de entre los muertos, como por ejemplo Lázaro, el hijo de la viuda, la hija del jefe de la sinagoga. Pero la resurrección de Cristo difiere de la resurrección de éstos y de otros en CUATRO cosas.

PRIMERO, en cuanto a la causa de la resurrección. En efecto, los otros resucitados no resucitaron por su propia virtud sino por el poder de Cristo o por las oraciones de algún santo; en cambio Cristo resucitó por su propia virtud, ya que no sólo era hombre sino también Dios, y la Divinidad del Verbo nunca quedó separada ni de su alma ni de su cuerpo, por lo cual, cuando quiso, el cuerpo recobró el alma, y el alma recobró el cuerpo. Cristo dijo de sí mismo: *Tengo poder para dar mi alma, y tengo poder para retomarla de nuevo* (Jo. 10, 18). Y si bien es cierto que Cristo murió, ello no fue por debilidad ni por necesidad impuesta desde fuera, sino por su propio poder, porque murió voluntariamente, como se ve por el hecho de que cuando entregó su espíritu, gritó con fuerte voz, cosa que no pueden hacer los otros hombres porque mueren en razón de su debilidad. Por lo cual dijo el centurión: *Verdaderamente éste era el Hijo de Dios* (Mt. 27, 54). Y por eso, así como por su propio poder entregó su alma, así también por su propio poder la recobró. Por ello decimos: Cristo "resucitó", siendo su resurrección obra suya, y no decimos: "fue resucitado", como si su resurrección fuese obra de otro. *Me acosté, y me dormí, luego me levanté, dice el, Salmo* (3, 6). Ni esto es contrario a lo que dijo S. Pedro en su discurso a los judíos: *A este Jesús lo resucitó Dios* (Act. 2, 32), porque en efecto el Padre lo resucitó, y también el Hijo: ya que el Padre y el Hijo tienen un solo y único poder.

En SEGUNDO lugar, difiere por la vida a la cual resucitó. Porque Cristo resucitó a una vida gloriosa e incorruptible. Dice el Apóstol: *Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre* (Rom. 6, 4). En cambio los otros resucitaron a la misma vida que habían tenido antes de su muerte, como consta de Lázaro y de otros.

En TERCER lugar, difiere por su fruto y por su eficacia. Efectivamente, todos resucitan por el poder de la resurrección de Cristo. Leemos en el Evangelio: *Los cuerpos de muchos santos que habían muerto resucitaron* (Mt. 27, 52). Y el Apóstol escribe: *Cristo resucitó de entre los muertos, como primicia de los que duermen* (1 Cor. 15, 20).

No olvidemos, sin embargo, que por su Pasión Cristo llegó a la gloria, como Él mismo se lo dijo a los discípulos de Emaús: *¿No era preciso que Cristo padeciese de ese modo y así entrara en su gloria?* (Le. 24, 26). Así nos enseña cómo nosotros podemos llegar a la gloria. Dice el Apóstol: *Es preciso que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios* (Act. 14, 21).

En CUARTO lugar, difiere por el tiempo en que se realizó. En efecto, la resurrección de los demás es diferida hasta el fin del mundo, salvo a algunos privilegiados para los cuales se anticipa, como la Santísima Virgen, y, según una piadosa creencia, S. Juan Evangelista; en cambio Cristo resucitó al tercer día. Y la razón de ello es que la resurrección, la muerte y la natividad de Cristo acontecieron para nuestra salvación, y por lo tanto sólo quiso resucitar cuando nuestra salvación quedó completamente realizada. Si hubiese resucitado enseguida que murió, los hombres no hubieran creído que hubiese muerto. Asimismo, si hubiese demorado mucho, sus discípulos no habrían perseverado en la fe, y así su Pasión hubiera sido absolutamente inútil. *¿Qué utilidad acarreará mi muerte si desciendo a la corrupción?*, dice el Salmo (39,10). Por eso resucitó al tercer día, para que no dudasen de su muerte, y para que los discípulos no perdiesen la fe.

De lo dicho acerca de la resurrección podemos sacar CUATRO consecuencias para nuestra ilustración.

PRIMERO, que nos apliquemos por resucitar espiritualmente de la muerte del alma, en la que incurrimos por el pecado, a la vida de justicia, que se logra por la penitencia. Dice el Apóstol: *Despiértate, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará* (Ef. 5, 14). Ésta es la resurrección primera, de la que dice S. Juan: *Bienaventurado el que tiene parte en la resurrección* primera (Ap. 20, 6).

SEGUNDO, que no esperemos la hora de la muerte para resucitar del pecado, sino que volvamos pronto a la vida de la gracia, puesto que Cristo resucitó al tercer día. Dice la Escritura: *No tardes en convertirte al Señor, y no lo difieras de un día para otro* (Eccli. 5, 8), porque agobiado por la debilidad, no podrás pensar en las cosas que pertenecen a la salvación, y también porque pierdes parte de todos los bienes que se comunican en la Iglesia, e incurres en muchos males por la perseverancia en el pecado. Además, el diablo, dice S. Beda, cuanto más tiempo posee a alguno, con tanta mayor dificultad lo deja.

En TERCER lugar, que hemos de resucitar a la vida incorruptible, de tal modo que no volvamos a morir a la vida de la gracia. Tal debe ser nuestro propósito que no pequemos más. Escribe San Pablo: *Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no lo dominará más... Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias. Ni tampoco ofrezcáis más vuestros miembros como instrumentos de iniquidad al servicio del pecado; antes bien ofrezco a Dios como quienes, muertos, han vuelto a la vida* (Rom. 6, 9 y 11-13).

En CUARTO lugar, que hemos de resucitar a una vida nueva y gloriosa, de tal suerte que evitemos todo aquello que antes haya sido para nosotros ocasión y causa de muerte y de pecado. Escribe S. Pablo: *Así como Cristo resucitó de entre los muertos para la gloria del Padre, así también nosotros caminemos*

en novedad de vida (Rom. 6, 4). Esta nueva vida es la vida de la justicia, que renueva al alma y la conduce a la vida de la gloria. Amén.

+ + +

La resurrección de Cristo

a) Cristo resucitó

1. Para que brillara la justicia divina

'A ésta pertenece exaltar a los que se humillan por causa de Dios, según aquello (Lc. 1,52): Destronó a los poderosos y ensalzó a los humildes. Por eso, ya que Cristo, a causa del amor y obediencia a Dios, se humilló hasta la muerte de Cruz, era preciso que fuera ensalzado por Dios hasta la resurrección gloriosa' (3 q.53 a.1 c).

2. Para fortalecer nuestra fe

'Por su resurrección fue confirmada nuestra fe acerca de la divinidad de Cristo, pues como se dice (2 Cor. 13,4): Aunque fue crucificado en su debilidad, vive por el poder de Dios. Y por eso se dice (1Cor. 15,14): Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y... vana es vuestra fe' (ibid.).

3. Para excitar nuestra esperanza

'Al ver resucitar a Cristo, que es nuestra cabeza, esperamos que también resucitaremos nosotros. Así es como se dice (1Cor. 15,12): Si de Cristo se predica que ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo entre vosotros dicen algunos que no hay resurrección de los muertos?' (ibid.).

4. Para ejemplo de nuestra resurrección moral

Resucitó además 'para información de la vida de los fieles, según aquello (Rom. 6,4): Como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva; y más adelante: Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere: así también vosotros haced cuenta que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús'. (ibid.).

5. Para complemento de nuestra salvación

'Como se humilló por su muerte y sufrió tantos males para librarnos de ellos, asimismo fue glorificado en su resurrección para dirigirnos al bien, según aquello (Rom. 4,25): Fue entregado por nuestros pecados y resucitado para

nuestra justificación' (ibid.).

'La pasión de Cristo obró nuestra salvación, para hablar con propiedad, en cuanto a la remoción de los males; mientras que su resurrección operó en cuanto al inicio y modelo de los bienes' (ibid., ad 3).

b) Por su propia virtud

'Por la muerte no se separó la divinidad ni del alma de Cristo ni de su carne. Pueden, pues, considerarse en dos sentidos, tanto el alma de Cristo muerta como su carne: 1º por razón de la divinidad; 2º por razón de la misma naturaleza creada. Según la virtud de la divinidad unida, el cuerpo volvió a tomar el alma que había dejado, y ésta el cuerpo que había abandonado, y así Cristo resucitó por su propia virtud' (ibid., a.4 c).

'Pero si consideramos el cuerpo y alma de Cristo muerto, según la virtud de la naturaleza creada, en este caso no pudieron reunirse ambos, sino que fue preciso que Cristo fuese resucitado por Dios' (ibid.).

c) Cualidades del cuerpo resucitado

1. La misma naturaleza, pero distinta gloria

'Para que la resurrección de Cristo fuese verdadera, fue necesario que el mismo cuerpo de Cristo se uniese de nuevo a la misma alma. Y puesto que la verdad de la naturaleza del cuerpo proviene de la forma, síguese que el cuerpo de Cristo después de la resurrección fue un cuerpo verdadero y de la misma naturaleza que había sido antes' (3 q.54a.1.c).

'El cuerpo de Cristo después de la resurrección entró, cerradas las puertas, donde estaban sus discípulos, no por milagro sino por su condición gloriosa, como dicen algunos, coexistiendo simultáneamente con otro cuerpo en el mismo lugar'.

2. Gloria del cuerpo

'El cuerpo de Cristo surgió glorioso en la resurrección, y esto es notorio por tres razones:

1º. Porque la resurrección de Cristo fue el tipo y la causa de la nuestra, como se ve (1Cor. 15,43). Ahora bien, los santos tendrán en la resurrección cuerpos gloriosos, como se dice en el mismo lugar: Se siembra en ignominia; y se levanta en gloria. Por consiguiente, siendo la causa mejor que su efecto y el ejemplar mejor que lo modelado, con mayor razón el cuerpo de Cristo resucitado fue glorioso.

2º. Porque por la humildad de su pasión mereció la gloria de la resurrección. Por lo que Él mismo también decía (Jn 12,27): Ahora mi alma está turbada, lo cual pertenece a la pasión; y después añade: Padre, glorifica tu nombre;

en lo cual pide la gloria de la resurrección.

3º Porque, como se ha demostrado (q.34 a.4), el alma Cristo desde el principio de su concepción fue gloriosa por la fruición perfecta de la divinidad. Pero sucedió por dispensación especial (cf. q.14 a.1 ad 2) que no redundase la gloria del alma en el cuerpo, a fin de que cumplierse por su pasión el misterio de nuestra redención. Por lo tanto, consumado que fue el misterio de la pasión y muerte de Cristo, su alma hizo que redundase inmediatamente su gloria sobre el cuerpo, que volvió a tomar en su resurrección, y así se hizo glorioso aquel cuerpo' (3 q.54 a.2 c).

3. Sutileza

'El cuerpo de Cristo en su resurrección fue de la misma naturaleza, pero de distinta gloria. Por lo cual todo lo que pertenece a la naturaleza del cuerpo humano. existió entero en el cuerpo de Cristo resucitado' (3 q.54 a.3 c).

El cuerpo glorioso de Cristo, aun siendo un cuerpo real, entró cerradas las puertas, donde estaban sus discípulos. Y esto no en virtud de la naturaleza del cuerpo, sino más bien en virtud de la divinidad que le estaba unida' (3 q.54 a.1, ad.1).

Por lo cual dice San Agustín (En el comentario a San Juan, tr.121: PL 35,1958): 'Las puertas cerradas no fueron un obstáculo a la extensión del cuerpo, en el que estaba la divinidad; puesto que pudo entrar sin que las puertas estuviesen abiertas el que, al nacer, dejó intacta la virginidad de su madre' (ibid.).

4. Fue palpable, mas no corruptible

'El cuerpo de Cristo después de la resurrección estaba realmente compuesto de elementos, teniendo en si las cualidades tangibles exigidas por la naturaleza del cuerpo humano, y, por lo tanto, era naturalmente palpable, y si nada hubiera tenido superior a la naturaleza del cuerpo humano, hubiera sido también corruptible. Pero tuvo otra cosa que le hizo incorruptible, no ya la naturaleza del cuerpo celeste, como dicen algunos, sino la gloria que proviene del alma bienaventurada; puesto que, como dice San Agustín en su carta a Dióscoro (Epist. 118 c.3: PL 33,459), Dios hizo el alma de Cristo de una naturaleza tan poderosa, que de su plenísima beatitud redundara al cuerpo la plenitud de salud, esto es, el vigor de la incorrupción' (3 q.54 a.2 ad 2).

5. Conservó las llagas de su pasión

Fue conveniente que el alma de Cristo resucitase a su cuerpo con las cicatrices:

1º. Por la gloria del mismo Cristo, pues dice Beda que conservó sus cicatrices no por la impotencia de curarlas, sino para llevar siempre consigo el sello de

su triunfo y de su victoria. Por esta razón también dice San Agustín (De civ. Dei 1.22 c.20: PL 41,782) que 'quizá en aquel reino veremos en los cuerpos de los mártires las cicatrices de las heridas que sufrieron por el nombre de Cristo, porque no serán en ellos deformidad, sino dignidad, y la belleza de su virtud brillará por ellas en cierto modo en su cuerpo'.

2º. Para configurar las corazones de sus discípulos acerca de la fe de su resurrección.

3º. Para que, al pedir a su Padre por nosotros, manifieste siempre qué género de muerte ha sufrido por el hombre.

4º. Para hacer ver a los que ha rescatado por su muerte la magnitud de la misericordia con que los ha socorrido, poniéndoles ante la vista de éstos las señales de su suplicio.

6º Y, por último, para hacer ver en el juicio la justicia de la sentencia que dará a los condenados.

Por esta razón, como dice San Agustín (De Symbolo, serm.1 c8: PL 40,647), 'sabía Cristo por qué conservaba las cicatrices en su cuerpo; pues así como las enseñó a Tomás, que no creía si no las tocaba y veía, así también las enseñará a sus enemigos, a fin de que después de haberles convencido les diga: He ahí al hombre que crucificasteis, y viendo estáis las heridas que le inferisteis; conocéis el costado que heristeis, puesto que abierto ha sido por vosotros y a causa de vosotros, y, sin embargo, no habéis querido entrar en él' (3 q.54 a.4 c).

6. Las conservó glorificadas

'Las cicatrices que permanecieron en el cuerpo de Cristo, no obedecen a corrupción o defecto, sino a un mayor cúmulo de gloria, en cuanto que son señales ciertas de su virtud; y en los mismos sitios de las heridas aparecerá cierto esplendor especial' (ibid., ad 1).